

EL SIGLO XX. LOS NUEVOS PROYECTOS POLÍTICOS

Autor: Santiago Lorenzo Schiaffino

Fuente: Proyecto Odisea, 2005.

El período que transcurre entre 1940 y 1953 se caracteriza por ser una etapa de fragmentación política, proceso que justamente culmina en la elección parlamentaria de 1953 cuando 32 grupos alcanzan representación parlamentaria. Esa circunstancia, producto de las divisiones internas en los partidos, de los conflictos entre los miembros de las coaliciones de gobierno y del caudillismo de algunos líderes políticos, termina por desprestigiar a los partidos políticos.

El triunfo de Ibáñez en la elección de 1952, así como el de Jorge Alessandri en 1958 se explican justamente por tratarse de candidatos que no pertenecían a partidos políticos. El símbolo de la escoba en la campaña de Ibáñez, que representaba la voluntad de barrer con la politiquería, le trajo buenos dividendos electorales.

A pesar de que en ambas administraciones se trató de atenuar la influencia de la política partidaria, ésta se revitaliza después de 1953, aunque con cambios importantes. Disminuye la fragmentación política, como lo demuestra que en la elección de 1961 sólo hayan obtenido representación en el Congreso siete partidos.

En la reformulación del sistema de partidos que entonces se produce, la derecha, integrada por el partido liberal y el conservador, pierde apoyo electoral. Luego de haber representado, en promedio, el 39,7% del electorado entre 1932-1950, pasa a disponer de un 26,4% entre 1956-1965, a pesar de que se ve favorecida por el voto femenino a partir de la elección de 1952. Esta tendencia llevó a la desaparición de ambos partidos, surgiendo en su reemplazo el partido nacional (1966), que con el 21,6% de los votos en la elección de 1969 se convirtió en el segundo partido más importante del país. En cuanto al partido radical, la situación no pudo ser peor. Luego de haber dado tres presidentes al país, que gobernaron entre 1938 y 1952, los radicales pasarán a tener un papel subalterno en el sistema de partidos.

El *ibañismo* también casi hace desaparecer a la Falange Nacional, que de haber dispuesto de un 3,9% de los votos en la elección parlamentaria de 1949 pasa a contar sólo con el 2,9% en las parlamentarias de 1953. Su fusión con los conservadores social cristianos, así como con agrario laboristas que acompañaron a Ibáñez, dará origen al Partido Demócrata Cristiano (1957). La Falange fue un partido que representaba a una elite universitaria, que electoralmente nunca superó el 5% de los votos. La Democracia Cristiana, en cambio, nació como un partido de masas que creció de un 9,4% en las elecciones parlamentarias de 1957, a un 22,8% en 1963 y a más de un 40% en 1965. Tan espectacular crecimiento, se explica por la declinación de la derecha y del Partido Radical, así como por el aumento de un electorado de sectores medios y bajos que se sintió atraído por el discurso reformista del nuevo partido. También contribuyó a ese crecimiento, el respaldo oficioso que recibió de la jerarquía eclesiástica, que hasta la década de 1950 se había identificado con el partido conservador. El mundo vivía entonces momentos de revolución, a los que la Iglesia no era ajena, como queda de manifiesto en el Concilio Vaticano II (1962-1965). Por último, la transformación de la Democracia Cristiana en el partido más grande del país, se explica por la labor proselitista que sus miembros venían desarrollando en el campo desde tiempos de la Falange, con la creación de instituciones como la Federación Sindical Cristiana de la Tierra, organizada por Emilio Lorenzini.

En cuanto a los partidos marxistas, los comunistas se encontraban al margen de la Constitución, luego de la Ley de Defensa de la Democracia; los socialistas permanecían divididos, tanto que una fracción de ellos apoyó a Ibáñez y no a Allende en las elecciones de 1952. A partir de 1953 adoptan la estrategia de Frente de Trabajadores, que excluye la alianza con partidos que denominaban burgueses, como había acontecido en el período del Frente Popular. En 1956 se forma el Frente de Acción Popular (FRAP), que reúne a las distintas fracciones del socialismo e integra a los comunistas que a partir de 1958 recuperan sus derechos políticos.

Algunos acontecimientos internacionales, como la Guerra Fría (1947), tendrán enorme importancia en el derrotero que tome la política nacional. Luego de la Segunda Guerra Mundial, los triunfadores en el conflicto, Estados Unidos y la Unión Soviética, ponen al mundo frente a dos alternativas: capitalismo o socialismo. Chile, al igual que el resto de los países hispanoamericanos se alinea con la posición de Estados Unidos, es decir con el capitalismo. Esta situación se complica con la revolución cubana (1959), y el compromiso que asume la Isla con el socialismo. A partir de entonces se radicaliza la Guerra Fría y Chile se transforma en un escenario de ese conflicto. De ahí que en la elección de 1964 y en la de 1970, lo que estaba en juego, más allá del programa de los candidatos, era si Chile continuaba siendo un país capitalista o bien adoptaba el socialismo, lo cual explica el interés con que los Gobiernos de Estados Unidos, la Unión Soviética y Cuba vieron el resultado de esas elecciones.

En el plano interno, desde la década de 1950 se venían produciendo reformas que contribuyeron a la democratización de la política, por lo menos desde un punto de vista formal. En 1958, como se indicó, se deroga la ley de defensa de la democracia que legaliza la Partido Comunista. Ese mismo año se establece la cédula única, poniendo fin al cohecho que distorsionaba los resultados electorales. También aumenta notablemente el número de votantes, gracias a que a partir de 1949 las mujeres son autorizadas a votar en las elecciones parlamentarias y presidenciales, a que en 1962 se hace obligatoria la inscripción en los registros electorales y a que desde 1970 pudieron votar los analfabetos y se bajó de 21 a 18 años la edad para participar en las elecciones. Gracias a esas reformas, el electorado aumentó de 591.994 en 1949 a 4,5 millones en 1973, con lo cual las elecciones fueron mucho más representativas de la voluntad nacional.

Las disputas entre los partidos por captar estos nuevos electores fue sin cuartel, y como a partir de 1958 se prohibieron los pactos electorales a nivel provincial y se dificultaron los pactos nacionales, la polarización política producto de la Guerra Fría, se acentuó. Algunas frases durante las campañas electorales, como: *no cambiaré mi programa ni por un millón de votos*, o *avanzar sin trazar*, son testimonios de la política de entonces. Hacia 1964 los partidos estaban divididos en tres bloques claramente diferenciados y excluyentes: derecha, representada por el partido conservador y liberal, y a partir de 1966 por el Partido Nacional; izquierda, representada fundamentalmente por socialistas y comunistas; y el centro, ocupado por la Democracia Cristiana. La radicalización se debió a los motivos expuestos y a que el centro, ocupado por la democracia cristiana se torna muy rígido, a diferencia de cuando estuvo ocupado por los radicales, quienes facilitaban las alianzas políticas entre partidos diferentes, las que a su vez resultaban muy expeditas por el sistema electoral vigente hasta 1958, tanto, que muchas veces el elector no tenía claro a quien estaba beneficiando con su voto.

En cuanto a los proyectos de desarrollo planteados a partir de entonces, se advierte que los gobiernos de Carlos Ibáñez y Jorge Alessandri trataron de atenuar la intervención del Estado y evitar la excesiva politización de los asuntos económicos, tan evidente durante los gobiernos radicales. Con Ibáñez se bajan los impuestos a las compañías que explotaban el cobre, dejando totalmente en sus manos la comercialización del mineral, a cambio de estas franquicias las compañías se comprometen a aumentar

la producción y las inversiones en el país, creando un clima de confianza a la inversión extranjera. Sin embargo, la iniciativa no tuvo éxito, ya que luego del armisticio de Corea bajó la demanda de cobre y su precio, creando déficit fiscal y aumentando la inflación hasta un 84% en 1955.

En la misma línea que el gobierno anterior, durante la administración de Alessandri se intenta, sin éxito, liberalizar la economía. Se cambia el peso por el escudo, cuyo valor se fija a la par con el dólar; se aumentaron los impuestos a la industria cuprífera y se da comienzo a la reforma agraria. La inflación, que en 1963 llegó a un 44,3% frustró, al igual que en el gobierno anterior, la política económica. Sin embargo hubo una promisorio gestión en obras públicas y en la construcción de viviendas populares.

En la década de 1960, el gobierno de Eduardo Frei, influido por un diagnóstico de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), según el cual la pobreza de los países hispanoamericanos se debía a que no eran dueños de sus riquezas básicas y a que las zonas rurales estaban muy atrasadas económica y socialmente respecto de las urbanas, determinó que se llevara a cabo la chilenización del cobre y se radicalizará la reforma agraria. La chilenización del cobre consistía en que el Estado se asociaba a las compañías que lo explotaban, para tener una mayor participación en su comercialización, En cuanto a la reforma agraria, consistió en expropiar los predios agrícolas mal trabajados y aquellos de un tamaño superior a las 80 hectáreas de riego básico.

En el gobierno de Salvador Allende, se opta por nacionalizar el cobre y acentuar aún más el proceso de reforma agraria. Además, el Estado acentúa su intervención en la economía en desmedro de la empresa privada.